

MELCHOR DE PALAU

ACONTECIMIENTOS LITERARIOS

1888

*Al verdadero poeta
y mi amigo Sr. Youssé
& Salvany.*

Melchor de Palau




MADRID

TIPOGRAFÍA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ

IMPRESOR DE LA REAL CASA

Libertad, 16 duplicado, bajo

1888

G-F 15422

DGCL

A

T. 170035 C.



ACONTECIMIENTOS LITERARIOS

1888

PRÓLOGO



A ocasión del trabajo á que en este cuaderno doy comienzo, y que he de continuar, mediante Dios, me fué dada por la lectura de *The Literary World*, periódico quincenal de Boston, en el que se trataba de *la literatura contemporánea de todo el mundo*.

Revélase en el autor del estudio allí inserto un tan grande desconocimiento de lo que en la España literaria acontece; hay tan lamentables pretericiones, enaltecimientos tan subidos de tono, desbarajuste tal en la gradación jerárquica de novelistas, y datos tan graciosos, como el de que «en este año (el de 1887) nada ha escrito el poeta Bécker,» que después de entristecerme, como siempre que se hojea libro de extranjera mano en que se haga mención de nuestra infortunada cuanto desconocida patria, hube de preguntarme si es ajena toda la culpa, ó nos cabe gran parte de ella á los que, testigos de vista y de oído, y á pesar de la boga é importancia de la estadística en sus diversas manifestaciones, nada producimos que condense, crítica y bibliográficamente, lo que de conspicuo brota en el terreno de nuestras letras, distinguiéndonos en esto de las

demás naciones que, ora en anales, ora en antologías, ora en otra forma, publican estudios de valía, síntesis y recopilaciones que son arsenal de datos para el sabio, de recuerdos para el aficionado, y de temas y noticias para los que, no pudiéndose dedicar á la diaria investigación de la vida artístico-literaria, necesitan saber de ella, por constituir su conocimiento indudable parte de la instrucción y hasta de la educación moderna.

¿Qué otra cosa ha de hacer el bien nacido escritor extranjero, sino, agradeciendo el libro, que con rimbombante dedicatoria se le envía, y desconociendo los demás, así como ordinariamente nuestro idioma, reputarlo de *finísimo encaje* y único en su género, formándose y propagando, con la autoridad de todo lo que de lejos viene, ideas equivocadas, cuando menos en tercio y quinto, respecto á nuestras producciones? ¿Recurrirá á la prensa periódica, cuyos sueltos en esta materia suelen ser *verdaderos autógrafos*, y que acostumbra á multiplicar las obras de que hace mención por un coeficiente político, según el partido á que el autor pertenece, ó comulga, como ahora se dice, ordinariamente con ruedas de molino?

Téngase en cuenta, además, que no es el tomo ó volumen el único medio de expresión del talento ó del genio, sobre todo en países meridionales, y que abundan en España literatos que no escriben libros, pero que manifiestan de otra suerte la brillantez de sus cualidades, ingénitas ó adquiridas, y se explicará la conveniencia de los apuntes que, á medida que los acontecimientos lo reclamen, nos proponemos escribir, los cuales serán datos, como se dice con excesiva modestia en todos los prólogos, y éste no ha de ser menos, que, en su día, persona más entendida y con mayores alcances pueda aprovechar para la historia contemporánea.

No comprendo, en verdad, cómo la energía literaria, que tanto enaltece á las naciones y es cifra de su cultura, continúe estadísticamente desatendida por los Gobiernos, dando, con la omisión ó dejadez, lugar á juicios erróneos y denigrantes, como el publicado hace poco en Italia con motivo de algunas traducciones allí importadas por Ermete Novelli, entre otras la del *Sombrero de copa*, de Vital Aza, relativo á nuestro actual arte dramático.

Sobre mi mesa tengo la última *Reseña Geográfica y Estadística*, notabilísimo trabajo, como todos los que proceden del Instituto, que á tanta altura ha sabido colocar el nombre español, mas lo hallo deficiente en punto á lo que designaremos con el nombre genérico de imprenta ó editoría; en él figura el más insignificante molino harinero, el más pequeño barco de vela; consta con minuciosidad el número de individuos que durante el año han tomado aguas sulfurosas, pero nada se dice de los periódicos que se publican, ni de las obras, maestras ó discípulas, que en España han visto la pública luz; resulta, en efecto, la distinción entre los que saben y los que no saben escribir, pero no hay medio de deducir, por las obras producidas, cuántos de entre los primeros saben escribir bien ó correctamente.

Por las consideraciones que preceden, y otras que al presente omito, confieso que me asaltó el intento de publicar anualmente un libro en que, dando la preferencia á los acontecimientos literarios, constasen en índice ó compendio todas las obras editadas; pero me asustó el fantasma económico y el convencimiento que tengo de que en España, tocante á libros, si se leen pocos, se compran menos; trabajo es, el á que aludo, que corresponde al Gobierno, como concentrador de más datos y dueño de más recursos; me limitaré, pues, á lo que sobresalga, ó sea á lo que titulo *Acontecimientos Literarios*, dentro de cada año natural, comenzando por el de 1888.

Acontecimiento, según el Diccionario de la Academia, vale *cosa que sucede, especialmente cuando es de alguna importancia*, y á dicha definición pienso atenerme, alternando ó entreverando la parte bibliográfica con la biográfica y con la crítica; según la disposición de mi ánimo y la manera de ser ó de presentarse el asunto, daré cuenta de los nacimientos literarios, ó sea de las obras ó actos que revelen un autor de presente ó de futuro y probable mérito; de las muertes ó bajas en la ilustre cohorte, sin echar sobre éstas el incienso escatimado á los primeros, sino aplicando el sistema dosimétrico en crítica, de la cual tengo, como por los ejemplos se verá, concepto muy distinto del que de ella, y de la fiscalía en materia criminal, tienen muchísimos, mayormente cuando nuestras costumbres

no admiten que el vapuleado autor se explique ni nombre si quiera abogado que le defienda; materia será de mi trabajo la novela que salga á luz, si los precedentes del que la escribe ó los méritos de la obra misma lo reclaman; las veladas literarias en Corporaciones de valía, las recepciones académicas; los certámenes propiamente tales; las obras dramáticas que produzcan, ó debieran á mi juicio haber producido, grande efecto en el público; las colecciones de poesías, y, en una palabra, todo cuanto constituya el año literario español, tratado según la fórmula impresionista, huyendo de estudios largos, que el público esquiva, y limitándome casi á notas estadísticas, á las que procuraré quitar la aridez del género, vistiéndolas con observaciones personales, anédoctas y datos comparativos con similares obras de extranjeros países.

Ya que de la estadística he hecho mención, y en ella pienso basarme, no he de decir que tengo á Madrid por capital de España, pero no por la España entera, y que no pienso limitarme á lo que en Madrid ocurra ó se produzca, pues bien pudiera acontecer que en algunos casos la capitalidad geográfica y la literaria no coincidiesen.

Aquí doy fin, pues no quiero extenderme en promesas de detalle, para no ser tachado de voluble si las obras que se presenten, el gusto de mis lectores ó el mío me invitan á variaciones en el trabajo, al cual el orden cronológico me obliga á dar principio con una nota lúgubre.

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Murió en el día 6 de Enero, en la calle del Amor de Dios, núm. 17, y está enterrado en la Sacramental de San Justo.)

Por vez primera el salón de cátedras del Ateneo Científico y Literario de Madrid fué convertido en capilla ardiente, para contener su cadáver; allí, donde pocos meses antes recogiera el tributo del aplauso en la última de sus veladas poéticas, recibió, formándole guardia de honor los retratos de los ilustres expresidentes de la casa, la luctuosa expresión del sentimiento público. Confundidas clases y categorías en apiñados y silenciosos grupos, acudió Madrid entero á rendir homenaje al fecundo novelista que con exaltada mente se había apoderado de la suya, y que, por medios que hoy llamaríamos hipnóticos, le hizo ver cuanto él veía, que no era poco, y olvidar sus penas reales con otras imaginarias, hábil y galanamente narradas.

«Fernández y González ha muerto; ya podéis, pues, alabarle sin rebozo: tejed coronas, ó, mejor dicho, compradlas, como corresponde á estos prosaicos tiempos, los que le negabais el saludo; tomad una cinta de su féretro, Corporaciones que no le admitisteis en vuestro seno; enlutad los balcones, teatros que os negasteis á representar las obras que deja inéditas (1), con cuyo producto quizá no hubiera muerto en la miseria; pesad y estudiad su cerebro, los que dudabais de que lo tuviese; disponded el embalsamamiento de su cuerpo, los que con odios y envidias le envenenasteis el alma; y tú, Ateneo mismo, encarga su retrato á toda prisa, pues no figura en la

(1) *El Tasso, Viriato, Los amores de Inesilla.*

numerosa galería de socios ilustres el que hoy recibes cada-
ver, con pompa inusitada.

»¡Fernández y González ha muerto!

»Acudid los afanosos de gloria, que si se lleva á la tumba la suya, trabajosamente adquirida, deja, en el nimbo luminoso que rodea á la Fama, un hueco que ha de darse, siguiendo los modernos procedimientos, al más bullicioso y osado: poetas que, faltos de ideales, estáis *á la que salta*, aprovechad la oportunidad de un tema que ha de interesar durante una semana; editores y empresarios, la ocasión es llegada de que dispon-
gáis algo en honra suya y *en provecho vuestro.*»

Á juzgar por lo que aconteció antes y después de su entierro, verificado en el día 8, doy por firme que algún espíritu conoedor de la humana conciencia, y práctico en tales escenas, lanzó á los aires palabras parecidas á las que preceden. Fué el cortejo numeroso y brillante, las coronas de tamaño colosal, como hoy se estilan, y que parecén decir al que las recibe: «No creas que son para tí, ya ves que te vendrían grandes;» y el gentío curioso tan nutrido que casi llegó á deslucir el obsequio, interrumpiendo y mezclándose con la fúnebre comitiva, que por vez primera se consideraba honrada marchando á la cola del ilustre escritor.

Otras razones, además de las indicadas, y más deplorables aún que ellas, aumentan la concurrencia é importancia de esos actos; no nos referimos al placer de exhibirse y de figurar en la lista de los periódicos, como persona de viso; ni al ya menos inocente de hacer innovaciones y de sentar precedentes, que en su lugar y caso tengan aplicación á sus personas, no olvidando, por supuesto, la regla de proporción que la vanidad, gigantesca en algunos individuos, pone por delante, sino á que ceremonias de este género, en pro del que se va, son manifestaciones hostiles á los que se quedan. Todo aquello de *era el primer novelista, por no decir el único que teníamos..... pérdida irreparable..... la naturaleza, en cien años, no podrá dar semejante fruto.....* son disparos á quema ropa contra personalidades literarias, á quienes resultarían aplicados los mismos epítetos si la Parca hubiese cambiado la dirección de sus terribles tijeras; que suelen darse banquetes á unos para que á

otros se les indigeste la comida, y no pocas veces, los que parece que aplauden no hacen otra cosa que silbar, y ver si á los golpes de sus manos logran derribar un nombre literario en formación ó formado ya.

Únase á los méritos de Fernández y González el cúmulo de circunstancias que acabamos de expresar, y otras que se omiten relacionadas con el carácter del difunto, y se comprenderá que su entierro fuera suntuoso y por demás concurrido. No lo sentimos ¡qué hemos de sentirlo! pero hubiéramos preferido en éste, como en otros muchos casos, los elogios y los honores equitativamente repartidos *entre el muerto y el vivo*.

Hablemos algo del ilustre finado.

D. Manuel Fernández y González no era de esta época, física, social y literariamente pertenecía al siglo XVII: nada desmedrado su cuerpo, hablaba públicamente mal de los demás literatos, y solía basar sus asuntos en el entonces predilecto tema del honor; para que fuese mayor su indicada semejanza, había guerreado en su juventud, siendo quizás deudor al ejercicio de las armas de la virilidad que en sus escritos resplandecía y de la exageración en sus ideas sociales.

Novelista, autor dramático y poeta lírico, no llegó á deslindar los tres géneros en cuanto al fondo, resultando altamente dramático, pasional é imaginativo en sus novelas; lírico en sus dramas; movido, poco subjetivo y sobrado escénico en sus poesías.

Inmensa popularidad alcanzó como novelista, cultivando la novela histórica, iniciada por Larra en su *Doncel de D. Enrique el Doliente*, y que, hasta el advenimiento de la moderna, hija de la observación, fué pasto de los españoles: saltaron algunas de sus obras la valla de los Pirineos, más difícil de acá para allá que de allá para acá, aunque geográficamente sea lo contrario, y se fué tras ellas, trasladándose, empujado por la vanidad, á París, donde recibió fuerte desengaño. Español de raza, con asuntos españoles y refractario al nuevo idioma, cuyas traducciones pagaba mal, convenciéndose presto de que los mismos extranjeros que le buscaban en concepto de característica, aflamencada y gascona importación, no le querían como francés, ni siquiera como cosmopolita. Restituido á su

patria, hizo sudar en grande y como ninguno los tórculos impresores (1), recogió ópimos frutos en los campos de la gloria, y hasta dinero en los de ordinario impróvidos para los literatos, consiguiendo, por desgracia nuestra, formar escuela. Sostúvole la magia poderosa de su imaginación, su fecundidad, el interesado reclamo editorial y hasta la forma subrepticia y fraccionada en que penetraban en el hogar doméstico sus producciones; pero no tardó en decaer como novelista, debido el hecho á dos causas que de consuno trabajaron: á que el artista, el autor de *Martín Gil*, *El Cocinero de Su Majestad* y *Men Rodríguez de Sanabria*, se convirtió en industrial. Ganoso de lucro, dictaba diversas obras á la vez, sin curarse de los antecedentes, no digo morales, pero ni físicos siquiera de sus personajes; y en vez de irse á la fuente por agua, en lo tocante á datos históricos, dióse en tomarlos del pozo casero, precisamente cuando comenzaba ya la historia á soltar los pañales

(1) Es á continuación una lista, quizá incompleta, de sus obras:

NOVELAS: El Doncel de Don Pedro de Castilla.—La mancha de sangre.—Las siete noches de la Alhambra.—Obispo, casado y rey.—Martín Gil.—El asno cojo.—Allah-Akbar.—El laurel de los siete siglos.—Ricardo Espada larga.—Doña Isabel la Católica.—El Condestable Don Alvaro de Luna.—Don Ramiro I de Aragón.—Juan el Segundo.—Men Rodríguez de Sanabria.—Enrique IV.—Los siete Infantes de Lara.—Doña Sancha de Navarra.—Los Monfies de las Alpujarras.—El tributo de las cien doncellas.—La cabeza del rey Don Pedro.—El Cocinero de S. M.—El Alcázar de Madrid.—Bernardo del Carpio.—Los amores de Alfonso VI.—El Pastelero de Madrigal.—D. Juan Tenorio.—Luisa, ó el ángel de la redención.—Amparo.—Magdalena.—Historia de un hombre contada por su esqueleto.—La voluntad de Dios.—La novia de la fantasma.—Amor de monja.—La dama de noche.—Los enemigos del alma.—El rey del mundo.—Una historia inverosímil.—La reina sangrienta.—La sobrina del Cura.—La leyenda de Madrid.—El encanto de las musas, D. Pedro Calderón de la Barca.—La violeta de la Umbría.—El Arcediano de San Gil.—La beata del tocón.—Don Miguel de Mañara.—Las mojígatas.—Las busconas.—La estrella de la tarde.—El Príncipe de los Ingenios, Miguel de Cervantes Saavedra.—El rico hombre de Alcalá.—El castillo de las siete mancas.—Un horóscopo real.—Luz y sombra.—El aljibe de la gitana.—La Virgen de la Paloma.—Los esclavos blancos.—El Conde-Duque de Olivares.—El Marqués de Siete Iglesias.—El Corregidor de Almagro.—Lucrecia Borgia.—La sombra del gato.—Los piratas callejeros.—Historia de una venganza.—El martirio del alma.—París subterráneo.—Mantos, capas

de la leyenda, penetrando en ella el elemento crítico y filosófico con exigencias de una verdadera reconstitución. Siendo la segunda, y quizás la más importante de las razones, la de que España, después de muchos tanteos, supo hallar el molde de la novela actual, objetiva, naturalista, transcendental y coetánea, arrinconando de golpe la que había brotado á placer y sin valla de la calenturienta é irrazonada imaginación de los autores.

Pues hemos dicho que el poeta lírico, el dramático y el novelador se compenetraban en Fernández y González, resultando uno y trino, dedúcese que, lo mismo que en las novelas, hubo de acontecerle en los demás géneros literarios que cultivaba, sin que, á decir verdad, influyera el motivo industrial, pues nunca rebajó por exigencias económicas la lírica ni la dramática, á las cuales rendía desinteresado culto; pero *démodé* el romanticismo, más aún el orientalismo, y anacrónicas las comedias de capa y espada, en que llegó á sobresalir, no des-

y sombreros.—El rey de Sierra Morena.—El diablo encarnado.—La piel de la justicia.—La fe del amor.—El pozo de los suspiros.—El rey hambriento.—El Manco de Lepanto.—La candela de San Jaime.—Doña María la Brava.—Los pichones y los sietemesinos.—El angel de la patria.—Las monedas falsas.—Los Siete Niños de Écija.—Los grandes infames.—Los hijos perdidos.—Los desheredados.—El collar del diablo.—Juan Palomo.—Doña María Coronel.—José María el Tempranillo.—Cid Rodrigo de Vivar el Campeador.—Los busca-vidas.—La hija del Carnaval.—Los Tenorios de hoy.—La chula sensible.—La vieja verde.—Los infiernos de la vida.—La esclava de su deber.—El montero de Espinosa.—Pedro Quirós.—El rey de Andalucía.—La luna de miel y la luna de hiel.—Las buenas y las malas madres.—D. Francisco de Quevedo.—Los Amantes de Teruel.—Los negreros.—Salomé.—Los hermanos Plantagenet.

OBRAS DRAMÁTICAS: El bastardo y el rey.—La capa roja.—Sansón.—La infanta Oriana.—Traición con traición se paga.—Con poeta y sin contrata.—Un duelo á tiempo.—Aventuras imperiales.—Don Luis Osorio.—Entre el cielo y la tierra.—Cid Rodrigo de Vivar.—Padre y rey.—Deudas de la conciencia.—Luchar contra el sino.—La muerte de Cisneros.—Nerón.—Los cantos de Merlín.—Lo que ha de ser está escrito.—La escuela de buenas costumbres.—El Tasso.—Viriato.—Los amores de Inesilla.

Entre sus poesías merecen preferente recuerdo el canto épico á *La batalla de Lepanto*, las redondillas al Rasgo de la reina Doña Isabel, premiadas por la Real Academia Española, y su poética leyenda *El infierno del amor*.

mereciendo las suyas de las de clásicos tiempos, experimentó en su fama rápido descenso, por no prestarse su voluntad á las exigencias de nuevo público, ni sus condiciones intelectuales á un cambio completo en la manera de tratar, y casi diremos de deducir, los asuntos.

Vanidoso en grado superlativo, las explosiones de su presunción llegaron á tener resonancia y á ser repetidas en corrillos, pues no iban en verdad desprovistas de ingenio peregrino ni de acerada crítica: consigno este hecho, no en son de censura ni analizando al hombre moralmente, sino bajo el aspecto literario, que es el que me interesa, confirmando con ello lo arriba dicho respecto á que era personaje de pasados siglos, en que ese vicio, virtud, ó lo que sea, se hallaba á la orden del día, y además, y sobre todo, por la influencia que tuvo en la elección de sus asuntos, valentía en acometerlos y gallarda satisfacción en desarrollarlos.

No cabe duda de que la conciencia de poder desempeñar airoosamente un acto, la ilusión de que nadie como uno sabrá ponerlo por obra, la creencia de que Dios le ha enviado exclusivamente para tal objeto, y la seguridad, sin sombras dudosas, de que, una vez realizado, ha de asombrar al viviente mundo y á los siglos en incubación, son los principales elementos y partes para que se emprenda y para que logre venturoso éxito: confieso que no creo en la modestia artística, antes bien la estimaría, si existiese, grandemente perjudicial; toda producción exige un trabajo, un gasto físico intelectual, una resolución incompatible con la hipócrita modestia de algunos, y, refiriéndonos á Fernández y González, le consideramos plenamente deudor á su ingénito orgullo de no escasa parte de su merecida gloria; no le arredraban los fracasos, que atribuía á ajena envidia, ó á falta de inteligencia en el público juzgador, como á voz en cuello se lo dijo desde las galerías del Teatro del Príncipe, cuando el estreno de su obra *Padre y Rey*; y á buen seguro que sin el potente auxilio de su vanidad ni hubiera afrontado temas como el Cid Rodrigo de Vivar, Nerón, Viriato y Tasso, ni hubieran tenido sus personajes el vigoroso relieve claramente emanado de sus dotes individuales, así como en el Fausto de Goethe, distinto del tradicional ó histó-

porico y de los de Spies, Widman y el escénico de Marlowe, se trasparente la filosofía y peculiar carácter del autor de la prodigiosa obra; tanto es así, que en la velada necrológica que, en la noche del primer día de Febrero, posterior á su muerte, se le tributó en el elegante coliseo de la calle del Marqués de la Ensenada, como se hallara su retrato orlado de crespones y laureles en el escenario, parecía realmente que hablaba el mismo Fernández y González al oírse en labios de Vico los arrogantes y sonoros versos del Cid Rodrigo. ¡Perdonable vanidad que ha redundado fecunda para el arte!

De que ésta existía en grado sumo no dudarán los que tuvieron la honra de tratarle, pues rebosaba en sus conversaciones, dándoles un sello especial, tan distinto del que la educación moderna exige, en público cuando menos, á los literatos. Solía en sus últimos tiempos,

casi viejo, casi ciego
y casi roto el laúd,

acudir al Ateneo, y solían sus consocios tirarle de la lengua, como vulgarmente se dice, relatándole imaginados triunfos de otros literatos, las más veces presentes á la sesión, aunque en lugar inaccesible á sus velados ojos; y era de ver cómo los acallaba ó empequeñecía con el relato de ovaciones propias, después de anonadar con incisiva frase el mérito de los aludidos, quienes, lejos de tomarlo á ofensa, contribuían á la risa general del concurso, pues la misma exageración y candor de los juicios les quitaban todo lo agrio que pudieran contener, convirtiéndolos en extravagantes alabanzas.

Con detalles que hubiera prohijado el célebre velonero sevillano, refería su entrevista con Dickens, y la estupefacción en éste al oír el nombre de Fernández y González *del primer novelista del mundo*; los consejos á Dumas, los elogios de Víctor Hugo.

—Yo soy Calderón y Schiller y Shakespeare—vociferaba un día, acosado por un crítico que intencionadamente acababa de echar sus obras por el suelo,—y soy todo; lo que tiene es que soy muy modesto.

Risa general en el corro literario.

—Pues qué—añadió con aquella rapidez que le era característica,—si no lo fuera, ¿me hallaría aquí entre ustedes?

En poesía lírica, hacía una leve concesión en pro de Zorrilla, que junto con él, constituía, á su decir, la única pareja, señalando, sin embargo, al autor de los *Cantos del Trovador* el elemento femenino, y reservándose el fuerte ú hombruno. Cuanto á los demás, á pesar del reconocido mérito de muchos, los rechazaba con el tridente de su crítica mordaz, no exenta de rasgos verdaderos.

De uno de los que más privan, refiriéndose á la discordancia entre el fondo y la forma ó pequeñez de lo primero con relación á lo segundo, decía que *se le figuraba un ratón metido en una armadura*.

Para que este artículo contenga algo inédito del escritor ilustre, y como mero comprobante de mi aserto, voy á copiar el soneto que disparó contra dos jóvenes y distinguidísimos poetas amigos míos, por el solo é inaudito crimen de haberse atrevido á dar un almuerzo á Zorrilla.

Salvo error de oído, es como sigue:

¡Oh insolente reclamo, ó torpe audacial
 ¡Oh de igualdad insólito derrochel
 Por todas partes, ciega, á troche y moche,
 extiende su nivel la democracia.
 La huera vanidad doquier se vacía;
 no hay de ella descansar ni aun por la noche,
 y, en asno ó en jamelgo, en carro ó coche,
 se nos presenta desgrefñada y lacia.
 No hay reyes, ni aun del genio; ya el Parnaso,
 los diamantinos muros por el suelo,
 tierra mostrenca es abierta á todos;
 franca la entrada y fácil está el paso,
 y, sin ser aguilucho ni mochuelo,
 hay quien volar pretende con los codos.

No acabaría, ni pueden todas ellas sujetarse á la prensa, si continuase relatando anécdotas de Fernández y González; bás-

tanme las referidas para precisar su personalidad literaria y la influencia de su carácter en sus obras: con el poderoso elemento de su orgullo, legítimo aunque á las veces enfáticamente expresado, contrarrestó y despreció la crítica actual, que se complace en anonadar, en tronchar en su origen los brotes del genio, por la ridícula y lógica razón de que no dan, al aparecer, ya del todo sazonados los frutos.

Terminaré trascribiendo una quarteta que en epitafio debiera haberse puesto, según su autor, M. Z., uno de nuestros más vigorosos dramáticos, en la tumba del que ha sido objeto de nuestro primer estudio. Dice así:

En esta fosa cristiana
yace el más grande portento
de inspiración, de talento,
y de vanidad humana.

16 de Enero de 1888.

VELADA LITERARIA EN EL ATENEO DE MADRID

POR EL POETA DON JOSÉ ZORRILLA

(27 de Enero)

No, de ninguna manera, mi querido y honorable maestro; por más que V. se empeñe, *bregue* V. cuanto quiera, no ha de conseguir que el ruiseñor, que la alondra, como V. se llama á sí mismo, se transforme en gallo de corral, ni en buitre carnívero, aunque sean hoy las rastreras y las de rapiña las aves que privan en el reino de la tierra.

No se pasa del romanticismo al realismo, como V. ha pretendido, sin lograrlo por fortuna, en *Su última brega*, que pido á Dios y á V. que no sea la postrera obra, sino la primera y última en su género, por el solo esfuerzo de la voluntad, dejando la manera de sentir y de exponer á que debe su impedecida fama, y pretendiendo romper desagradecido los moldes que fundieron su colosal estatua: error perdonable, pero verdadero error. Para anatematizar los vicios de que la actual sociedad adolece, se requiere más hiel que la que los triunfos incesantes y la pública estimación han puesto en la pluma á Zorrilla; se necesita estar más en el centro, por no decir en el fango de la vida moderna; de otra suerte, la crítica resulta anodina y de segunda mano, y leve cosquilleo lo que se tuvo intento de que fueran envenenadas heridas.

Hay, según mis especiales doctrinas en la materia, dos clases de poetas, *naturales* y *artificiales*; los primeros, por voluntad del cielo ó por combinaciones fisiológicas y leyes darwinianas no explicadas aún, traen al mundo (le llamaremos vil para estar en su carácter) un depósito de poesía que sueltan

espontáneamente á la primera ocasi3n, de ordinario en los verdores de la juventud, cuando la mente est3 caldeada al rojo vivo 3 al blanco, y que luego se entretienen en parafrasear, a3adiendo tal cual resquicio que de la explosi3n primitiva les qued3 en los pliegues del alma (para continuar hablando su lenguaje); van estos tales de m3s 3 menos, y suele decirse de ellos que prometen, siendo as3 *que cumplen*, pues nunca, *nunca vuelven 3 ser lo que all3*, como se lee en la preciosa y fantasmag3rica poes3a *Al reloj*, que inspirada en el antiguo de la Puerta del Sol, remate de la iglesia del Buen Suceso, escribi3 nuestro eximio Zorrilla; los segundos, 3 sea los poetas 3 quienes llamo artificiales, reconociendo la poca exactitud del vocablo, no vienen 3 la vida con un caudal ing3nito, sino con un germen po3tico, que, si 3 las veces se malogra 3 pasa desapercibido, otras, al influjo de poderosa voluntad 3 merced 3 fuerzas exteriores que por diversas v3as afluyen 3 3l, se desarrolla y da sabros3simos frutos, por m3s que no suelen alcanzar la frescura ni la espontaneidad de los primeros; 3 3stos, en lenguaje *yankee*, podr3amos llamarles *one's self made poet*, poetas que se deben 3 s3 mismos; inversamente 3 aqu3llos, van de menos 3 m3s, su m3rito y su importancia crecen con el culto de la forma, se abrillantan con el roce de los cl3sicos, y se sutilizan y afinan con la observaci3n interna y con la asimilaci3n de lo exterior.

No hay que decir que el summum deseable es el feliz y bien acordado enlace de ambos sistemas; el m3rmar de Paros trabajado por el cincel de Fidias, caso raro que en Goethe, por ejemplo, admira la humanidad.

Zorrilla es poeta natural, pero no es poeta naturalista; h3 aqu3 explicada la causa de que su velada no produjera el efecto correspondiente 3 su alto renombre, sin asentir 3 la opini3n de los much3simos envidiosos que, despu3s de haberle aplaudido en p3blico, dec3an en los sombr3os corredores que aquello hab3a sido un principio de descomposici3n de un cad3ver literario; fu3 simplemente un desacertado juicio acerca de sus facultades, una mala aplicaci3n de las mismas, una nota en falso, pero dominada por el coro de sus restantes obras po3ticas.

Bien es verdad que la cr3tica, fij3ndose bien, no puede por

menos de encontrar dos Zorrillas, el uno antes y el otro después de pasar el charco; como poeta natural, el campo de su imaginación resultó muy esquilmo por las repetidas y exuberantes cosechas de su juventud, especialmente en el septenio que pasó en la corte, venido de Valladolid, cuando entre otras imperecederas obras dió *El Don Juan Tenorio*, que es hoy su constante pesadilla (1); en su musa ya anémica influyó no poco el ambiente americano con su reconocido mal gusto, convirtiéndole en una entidad literaria tan distinta que, por donaire, decía un literato estar en la firme creencia de que el legítimo Zorrilla había fallecido en Méjico, y que el que ahora pasa por tal es sólo un Claudio Felíu ó un Campo Barrado, que con la imitación de sus obras ha venido á desacreditarle.

Exagerado es el chiste, pero es lo cierto que se distinguen de golpe las dos épocas, marcándose en la segunda una perenne exhibición personal; una manía no ya de la forma, sino simplemente del consonante, considerándolo como un ejercicio gimnástico; y un afán de prologar sin entrar en materia; defectos que si bien se inician en la época primera, ó sea en los años juveniles, han arreciado al llegar al arrabai de senectud. Sin recurrir á ciertas obras publicadas en Barcelona y Valencia, ¿quién duda de que esto no es aquello? ¿Quién, después de haber oído los versos siguientes de *Mi última brega*,

Lleva mi obra *Los rincones*
de *Valladolid* por título,
y el motivo y las razones
de escribirla, este capítulo.
La abarca otro general,
que es el de *Mi última brega*;
porque es el que mejor pega
á su faena total,

no se enjuaga la mente con éstos ú otros de los buenos tiempos del poeta?

(1) Lo escribió en la plaza del Matute, número 4, casa hoy lindante con *El Imparcial*.

Pobre tórtola enjaulada,
dentro la jaula nacida,
¡qué sabe ella si hay más vida
ni más mundo en que volar,
si no vió jamás sus plumas
del sol á los resplandores,
qué sabe de los colores
de que se puede ufanar!

¡Quién, después del martilleo insustancial, del *tour de force*
aconsonantado,

y ahí va, dicho bien ó mal,
de mi fama por influjo
y por lo que ya produjo
mi musa territorial;
soy un cronista de lujo,
que por lujo aquí introdujo
el lujo municipal.

—

Cronista de mucha vista,
cronista tan especial,
que jamás se ha hallado pista
ni memoria de otro tal;
bardo, augur y hasta algo brujo,
mas de raza, no cambujo,
legendario, no historial;
un cronista de tapujo,
como el alcohol actual;
mas de vino, no de orujo,
refinado, no industrial,

no evoca los de igual nota laudatoria, pero bizarros, en que
el *yo* del poeta se combina con el *yo* del lector, produciendo
la subjetividad lírica?

Lejos de mí placeres de la tierra,
fábulas sin color, sombra sin nombre,

á quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre.

.....
Gloria y orgullo, sin cesar conmigo
templo en mi corazón alzaros quiero,
que no importa vivir como un mendigo
por morir como Píndaro y Homero.

Á bien que no hay necesidad de acudir á lo antiguo; afortunadamente, el poeta, de vez en cuando, olvidándose de sus propósitos, en mal hora habidos, se dejó llevar por la costumbre, que constituye en él doble naturaleza, y remontándose á los espacios donde se cierne la verdadera poesía, arrancó entusiastas aplausos que expresivamente le demostraron que lo que el público le pedía y esperaba no eran gacetillas rimadas acerca de los toros, del poder temporal del Papa, ni de las irregularidades que el parlamentarismo ocasiona y encubre, sino

una reverberación
del sol de su juventud,

como cuando dice:

Para mí es Valladolid
el jardín de mi niñez,
de mi juventud la lid
y el hogar de mi vejez.
Para mí no hay edificio,
casa, alcázar, templo ó torre
que en su aguja ó frontispicio,
por más que el tiempo la borre,
no haya invisible, aunque escrita,
la cifra de alguna historia,
el polen de una memoria,
ó una fecha, ó una cita,
que no sepa yo leer,
ni hay balcón, ni reja acaso,
do no se evoque á mi paso
un muerto ó una mujer.

Este es el naturalismo que cuadra á Zorrilla; éste es su Pegaso, del cual no debe ni puede apearse para montar un irrisorio velocípedo á la moderna.

Si quiere continuar escribiendo, cópiese ó imítese á sí mismo, déjese de *últimas bregas*, de realismos y de crónicas, propiamente tales, pues todos sabemos lo que el ser cronista significa en el autor del *Don Juan Tenorio*, y ni Valladolid ni nadie ha de pedirle cuentas de su tiempo no empleado, ni de los estantes no revueltos aquí ni en Italia; y si tanto le acucia el afán de parecer poeta de estos tiempos, ya que, á pesar de su voluntad según confesión propia, vive en ellos, descienda como las palomas á coger algo del suelo, pero sin mancharse, y proceda, no por revolución, sino por evolución literaria, asimilándose con tino lo bueno moderno, pero sin perder su antiguo y distintivo carácter. Algo de esto vemos en los fragmentos que á los postres nos leyó de *A escape y al vuelo*, en que hay una descripción de un paseo á orillas del mar, que es un encanto de realismo poético, pero aun quisiéramos más, quisiéramos un realismo idealizado por su musa, semillas terrenas trasportadas por él á espacios imaginarios. Hágalo usted, mi querido maestro, cerrando con libro distinto á *Mi última brega*, que no importa que quede sin terminar, su período vital literario. *Si así lo hicieréis, Dios, que tan rica imaginación os ha dado, os lo premie, y si no, el público os lo demande.*

28 de Enero de 1888.

EL CIEGO DE BUENAVISTA

ROMANCERO SATÍRICO DE DON EDUARDO BUSTILLO

Lluviosa la tarde, entréme, en bien de mi humanidad y de la ropa que la cubría, por las oscuras puertas del Círculo Artístico Literario, aun avahado en aquella fecha, pues refiérome al año primero de su fundación, con los suculentos y casi sólidos miasmas que del café restaurant de Madrid, sito en la planta baja, se desprendían.

En regocijado grupo, hallábanse varios de sus más distinguidos socios, presidiendo, por razón del cargo y por la más poderosa del genio, D. José Echegaray, y como oyera que se recitaban versos, puse mis botas á la sordina, pues no gusto de imitar á los sietemesinos, de educación que ni á sietemesina llega, los cuales suelen taconear recio y adrede en los callejones de las butacas, llamando sobre su *flamante* persona la atención del público, puesta ya en el comenzado drama.

Llevaba la voz cantante, ó recitante, el literato D. Angel R. Chaves, conocido por Achares entre los Arcades de más acá de Roma y más allá de la Puerta de Alcalá, quien con acento algo tartajoso en los *arranques*, decía un romance, no suyo, según los entusiasmos con que lo acompañaba, y de corte tan clásico, que me recordó la divisa del caballero de Quevedo:

Solamente un dar me agrada,
que es el dar en no dar nada.

Romance tan ingenioso que hubo de repetirlo nuestro amable consocio, cediendo á ruegos reiterados, contándose entre los más vehementes pedigueños los recién entrantes, que sólo el

final habíamos saboreado; no he de ser yo menos atento con mis lectores, máxime, acordándome de que son afamados de curiosos, según todos los prólogos escritos y por escribir. Hélo aquí, tal y como lo tomó mi memoria:

UN AVARO

Fué concebido de noche,
á oscuras y muy barato,
porque su madre le tuvo,
según dicen, de regalo.

Nació en Febrero, por ser
el mes más corto del año,
y nació de siete meses
sólo por nacer ahorrando.

Por no dar, no dió á su madre
ni los dolores del parto,
pero le quitó la vida,
que es lo que halló más á mano.

Así se vino á este mundo
solo, desnudo y descalzo,
con la boca muy abierta
y los puños muy cerrados.

Por no perder ocasión
de aprovechar pies extraños,
á todas partes quería
que lo llevaran en brazos.

Ya es hombre, si es que es posible
que puedan llegar á tanto
estas verrugas que suelen
salirle al género humano.

Vedle bien: tiene los ojos
hundidos, sólo por cálculo,
porque á la luz sea á quien cueste
el trabajo de buscarlos.

Jamás ofrece su casa,
ni su amistad, ni su mano;
mas, por llevarse, es capaz
hasta de llevarse un chasco.

Con ojos ávidos mira
al cielo de vez en cuando,
desde que ha oído decir
que la luna tiene cuartos.

Cuando no hay otro, pretende
sacar de sí propio algo,
y no pudiendo otra cosa,
suele quitarse los años.

No cambiará su mirada,
aunque lo hagáis mil pedazos,
con ningún tuerto ni bizco,
por no perder en el cambio.

No paga ni las visitas,
no vuelve ni los recados,
no presta ni la atención,
no gasta ni el tiempo en vano.

Si para doblar la usura
busca el medio más barato,
no dice: *estos pasos doy*,
sino: *yo tomo este paso*.

Cuando el invierno es tan frío
como la risa en sus labios,
duda de tomar el sol
por no dar sombra al tomarlo.

No bebe por no sudar,
no come por estar flaco,
por no dar después de muerto
alimento á los gusanos.

No vive, porque en sus cuentas
vivir es un despilfarro,
ni se muere, porque sabe
que le debe costar caro.

Alma no tiene, pues supo
que el tener alma es un gasto,
y fué su primer negocio
el vendérsela al diablo.

Se llama... sonad dos duros
y él acudirá en el acto,
aunque adivine á cien leguas
que esos dos duros son falsos.

Todo lo dicho no es nada,

no son más que cuatro rasgos,
 un perfil imperceptible,
 una sombra del avaro.

Vine en naturales ganas de saber *cuyos* eran tan discretos y desenfadados renglones; pero traguéme entera la pregunta, temeroso de la rechifla, que, más amenazadora que el nublando exterior, sobre mí iba á caer, si, como parecía por la pinta y por lo pintado, pertenecían á glorificado vate, y por tanto, con derecho á que sus obras todas figuren en los pliegues cerebrales de los que por vicio ó por oficio nos la echamos de literato; dejé, por tanto, que el tiempo, gran decidor de verdades, se encargara de ilustrarme acerca de la paternidad del romance susodicho, y así tuvo á bien hacerlo el errante veje-te, poniendo en mis manos, no ha mucho, un *in octavo*, en el que, por marcadísimo aire de familia, descubrí como medio centenar de hermanas de «el avaro,» pródigas como él en bellezas de dicción y en galas de ingenio.

El solo título es un donaire finísimo, una amena expresión del género de la obra y de sus propósitos, que en el prólogo, sin embargo, remacha el poeta cuando, declarándose *apaleador* con palo ciego, asegura que

le duelen
 los mismos palos que da,
 que el Ciego de Buenavista,
 de ver tanto, se ve tal
 que quisiera vivir menos,
 por gusto de no ver más.

Aunque algunos la hacen derivar de los traviesos *sátiros* que poblaban los nemorosos lugares, no falta quien atribuya á *satura* ó *satur* la procedencia de la palabra *sátira*, en que tantos romanos se distinguieron; *tota nostra*, según Quintiliano, y *græcis intacta*, al decir de Horacio, afirmaciones aceptables, considerándola como género, pero no como elemento literario. Al último dictamen respecto á etimología habrá de inclinarse forzosamente quien leyere los versos de Bustillo, pues aparece en ellos ahito y derramando hasta por cima de la calva

el *trop plain* de su asendereada paciencia, como se vierte el agua de la balsa molinar si permaneció largo tiempo inactiva la citola, arremete contra los títeres de ese Maese Pedro que se llama sociedad moderna, y destoca ó desnuda, agujonea ó pincha, desuella ó trocea, según los casos, á la vieja que de polla presume, aunque le canten *gallos patudos* junto á los ojos; á los Candelas en candelero; á los Saturnos de la patria; á los cuneros con patente de corso; á las Celestinas remendonas; á los capuchinos del abanico; á las hermanas de la orden tercera; á las siervas de todo señor; á los cabezas..... de proceso; á los sablistas de mandoble; á los que piden por los pobres, con caridad bien entendida, y á todos los demás, que no son pocos, que merecido se lo han.

Donoso siempre, sin tocar en maleante, con disciplinas, en que pone chistes por nudos, recorre todos los miembros del organismo social, levantando aquí ampolla, allá roncha, y dejando, cuando menos, impresión cardenalicia en las carnes anémicas en fuerza de dar jugos al vicio ó averiadas por hospedar en vida microbios, que parecen, por sus efectos, corresponder á la roedora fauna de los sepulcros.

No se infiltra en los tuétanos como Ennio, ni es tribunicio como Juvenal, ni tampoco de la manga ancha como el epicúreo Horacio; inferior en el fondo á la forma, no se percibe en su obra, como quisiéramos, el rasgueo heridor de la pluma de acero, reemplazando á la de ave; sobrado apacible, sin echarlo á chacota como Vargas Ponce, no descubre llagas nuevas, bien que sea difícil en tiempos de tan gacetillesca publicidad, y en que la hipocresía ha tirado, á puntapiés de canción, el velo por la ventana.

Imitador de Góngora, sin que pueda tildársele de gongorino, de quien más toma, con acierto exquisito y huyendo sus alambicamientos y obscuridades, es del autor del *Gran Tacaño*, complaciéndose como él en jugar del vocablo, en encoger la frase como si fuera de caucho, para que luego bote y rebote, en comprimir la idea como carga de mosquete, y en buscar, cual si de Jano se tratara, dos caras á las voces para explotarlas á determinado propósito; siendo tal la *adaptación* conseguida, que redivivo el señor de Juan Abad, no se desdeñaría

en firmar de su puño y letra muchos de los romances de *El Ciego de Buenavista*, siendo así que asquearía ante casi todos los chistes chocarreros que, en letras de molde, para hartura de editores y beneplácito de estudiantes y demás gente moza, se le atribuyen.

Diríase que Bustillo ha debido de pasarse largas temporadas en alta mar ó en inacabables convalecencias atiborrando su cerebro de clásicos, si á su estómago no le era permitido la satisfacción del apetito ó de la gula; tal es la maestría y el desenfado adquiridos manejando en el siglo actual la lengua del XVII.

Vaya el lector á la fuente por agua, pues suele perder su frescura y gusto servida en jarras esportilladas, y hasta adquirir aspecto de agua muerta; lea el lector el libro, que no ha de pesarle, á buen seguro, y admito anticipadas las gracias que por ello me dé; mas para que no se achaque á exagerador elogio lo imparcialmente escrito, he de hacer mención honorífica de algunos rasgos tomados acá y allá del primoroso librito.

Dice *oportunitisimamente* en la *Exposición oportuna* al Alcalde de Madrid, refiriéndose á los

pordioseros muy chapados
que hacen daño á los *de chapa*:

Señor, contra aquellos vengo
mendigos de buenas casas
y mozos de buenas prendas,
aunque al sastre no las pagan,
y con tanto ingenio á veces
que, á tener vergüenza tanta,
ni yo contra ellos pidiera,
ni ellos de pedir se holgaran.

.....
Su trabajo es la lisonja,
mísera tela de araña,
donde serenos acechan
bolsas, para entretelarlas.

.....
Pues ellos por vicio ejercen,
si por hambre los *de chapa*.

¡Cuán donosamente comienza su *Vida airada!*

Mari-Cruz *la Fronteriza*,
que ganó su apodo en Ceuta
siendo la libre sultana
de moros de la frontera,
después que entre medias lunas
dejó la cruz tan en mengua,
besó á lo Judas á Cristo
en la cruz de las monedas.

.....
Sol africano en los ojos,
sal andaluza en la lengua,
talle que empuja al deleite,
pie que provoca á flaquezas,
mano que pide sortijas,
frente que roba diademas,
seno en que el vicio ha dormido
y alma que al bien no despierta.

.....
Caballeros la agasajan,
rufianes la abofetean.

Ecce natura. ¡Cuán primorosa verdad!

No peor cuna tiene el romance *Coser y cantar*, emparentado
con el anterior:

Mari-Paz *la Zamorana*,
que, mejor que por trigueña,
puede, por trapisondista,
llamarse Mari-Morena,

en que se describe la

que descubre en sus zurcidos
los rotos de su vergüenza.

Al leer el bellísimo que, con el título de *El de la media fortuna*, ocupa lugar entre los primeros en orden y en merecimientos, surgen personas con las cuales tropieza uno diariamente, enigmas madrileños que ruborizan al hombre honrado, al tiempo que le enlodan con las salpicaduras de su caballo ó coche:

Ni de su origen se sabe,
 ni su nombre se pregunta;
 que nació de madre es cosa
 que no ha de ponerse en duda.
 En cuanto á cuna..... ¡qué diablo!
 que toreó se asegura,
 y pudo entre un par de cuernos
 tener el mozo la cuna.
 Á los toreros tutea,
 mas sin coleta en la nunca,
 galleando el señorito
 entre duquesas y chulas.
 No tiene oficio ni empleo,
 come bien y no lo suda,
 y, sin rentas conocidas,
 viste, gasta, goza y triunfa.
 Luce un jaco y cuatro ruedas
 donde carrujes circulan,
 y allí se dice: «Ahí va Paco
 el de la media fortuna.»

—
 Conque..... ¿Paco? Vaya en gracia
 del que, con tal apostura,
 en el Parque del Retiro
 guía sus cuatro herraduras;
 y come *á la carta* en Fornos
 y *entre cartas se las busca*,
 y en casinos *talla* y gana
 y cobra también si *apunta*,
 unos dicen que por suerte,
 y los más que por industria.

Sabroso hasta el final, que dejamos á la curiosidad del lector entendido, á quien sólo movemos á que entre en ganas con este salpicón.

La hermana mayor es de acerada intención, y tristemente verdaderos todos, luciendo, entre los que más, *Acta sucia y camisa limpia*, en que con menos saña de la que merece, habla del corsario moderno, del que se abroquela en la inmunidad, para quien no hay cerrojos ni en *las gavetas del Estado*, ni en *las de las Compañías*, para lograr lo cual

da votos á muchos muertos
y á muchos vivos palizas,
y al fin, si trajo acta sucia,
lleva ya camisa limpia.

No podemos pasar en silencio el en que, *personalizando* algún tanto, y con sátira menipea y amargosa habla de *los platos del día*, mencionando ya al perro Paco, ya á la infortunada Lolilla, víctima del capricho del vicio, liliputiense vendedora de periódicos:

que por monstruo, fué ya dije
que en sus cadenas colgaron
noveleros Amadises.

Por muy chica la hacen grande,
la enaltecen por humilde,
por industrial la agasajan,
y por muñeca la visten.

.....
Cae la enana á lo gigante,
su triste gloria lo exige;
en las calles lo pregonan,
lo cuentan *correveidiles*.

.....
Muere Lolilla, *es humano*
que hasta *el que la hirió* la olvide,
y *un caso* será la enana
que las clínicas registren.

Aquí nuestro Luciano se aproxima al *facit indignatio versum* de Juvenal, y más y más se separa del contemporizador Horacio, que en análoga sátira transige con las categorías sociales del vicio.

Leyendo *Las verbenas*, no he podido menos de recordar con sentimiento las candorosas seguidillas del mismo Bustillo, que comienzan:

San Isidro del alma,
patrón bendito
de la famosa villa
donde he nacido,

de tu aureola
dame un rayo que brille
para mi gloria,

publicadas en 1860, y que manuscritas conservo; con sentimiento, digo, pues cambio tan grande en la manera de tratar un asunto, revela la fuerza *obsesional* de la miseria y ridiculeces, tendiendo á entrar en espíritu que las rechaza. La sociedad no se lo ha hecho suyo, pero ha influido poderosamente en él, y ya no pide al Santo *rayos para su gloria*, sino *rayos y centellas* contra los envidiados que triunfan, urden, hampan y granjean en su heroica villa.

Pintoresco y saladísimo por demás es el romance *El encuentro de las gatas*. Bustillo, que allá en sus mocedades escribió *El Gato*, periódico satírico contemporáneo de *El Cascabel*, del ingenioso Frontaura, hubo de impregnarse de todo lo felino y gatesco para exprimirlo en sentido literario, y así le ha salido á maravilla el romancito dicho, que es un cuadro de costumbres, terminando *á lo nudo gordiano*,

y el honor de entrambas chulas
á la cárcel con el *Gato*;

romance tan salitroso y tan acabado, que en nada desdice, antes hace buen *pendant* á la pendencia de los bravos de su predilecto maestro, en la cual, como es sabido,

hubo mientes como puños
y hubo puños como mientes,
granizo de sombrerazos
y diluvio de cachetes.

Desde las *Anacreónticas de última moda*, que en 1860 publicó González de Tejada (le Marquis de Tuiledonne), de helénico sabor y de tendencia análoga á las del moderno Menipo castellano, ansiábamos algo en este género, cuya ausencia tiene una significación moral tremenda, la de que el vicio se halla en el medio ambiente y no produce efecto en las conciencias rectas, por razón del hábito de verlo, de respirarlo y de asimilárselo; complacidos nos ha dejado *el romancero de*

tipos y malas costumbres, que brevemente hemos analizado; aun hay ojos que ven, corazón que siente, pluma que escribe las lacerias individuales y sociales; aun hay fe fuera de Israel; aun hay Castillejos y Argensolas, Pitillas y Jovellanos, Ponces y Larras. Advertiremos al Sr. Bustillo que el poeta cuyas huellas sigue, *con pies no torcidos*, no se limitó á romancear, que escribió mucho, pero mucho, y que en lo tocante á asunto, hay desgraciadamente en el *actual momento histórico*—frase que ahora priva—mucha tela cortada, y no poca en la que echar la tijera.

15 de Febrero de 1888.